

INSPECTOR
JOHN REBUS

**IAN
RANKIN**

MUERTE HELADA

RBA

Título original: *Let It Bleed*

© John Rebus Limited, 1995.

© de la traducción: Efrén del Valle Peñamil, 2017.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2017.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: ODBO083

ISBN: 9788490568460

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

CITAS

INTRODUCCIÓN

MUERTE HELADA

UNO. PUENTES

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

DOS. JIRONES

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

TRES. ZUGZWANG

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

La avaricia, el acicate de la industria.

DAVID HUME, «De la libertad civil»

Los lectores más sofisticados simplemente repetían el proverbio italiano «Se non è vero è ben trovato».

MURIEL SPARK, *La imagen pública*

Sin mujeres, la vida es un pub.

MARTIN AMIS, *Dinero*

INTRODUCCIÓN

Escuché por primera vez *Let It Bleed*, el disco de los Rolling Stones, cuando tenía solo diez u once años. No me gustó aquella música; a esa edad escuchaba a Marc Bolan y poco más. El aficionado a los Stones era el novio de mi hermana. Sin embargo, las letras me resultaron interesantes. Intuí que había algo «sucio» en ellas. Hacían alusión al sexo, al libertinaje, a la violencia y a las drogas. Había incluso una canción («Midnight Rambler») que parecía tratar sobre un asesino en serie real. Así que, finalmente, acabé comprándome el disco.

No obstante, por aquel entonces tenía ya veintitantos y había escrito un par de libros. También trabajaba como periodista musical y crítico de equipos de alta fidelidad en Londres. *Let It Bleed*, con su fantástico sonido de estudio, pronto se convirtió en una constante en mi Linn Sondek y, en 1994, llegado el momento de escribir la séptima novela de John Rebus, me animé a tomar prestado el título del álbum.¹

Si bien el libro está ambientado en un invierno de Edimburgo, lo escribí en mi casa del sudeste de Francia, casi siempre bajo un calor sofocante (hacía mucho tiempo que había dejado el empleo como crítico de equipos de

música, pero todavía utilizaba el tocadiscos Linn). Ahora mismo, no sé a ciencia cierta si trabajar en el libro me proporcionó una especie de aire acondicionado interno, pero sí estoy seguro de que durante una ola de frío en Edimburgo quieres que la calefacción central funcione. De ahí el juego de palabras del título: lo que Rebus realmente necesita que sangre en el libro es un radiador.²

En los años noventa me convencí de que, para ganar una suma decente de dinero, tendría que trasladar mis aptitudes a la televisión. Ya había intentado escribir varios guiones para la consolidada serie policíaca *The Bill*. En las reuniones con el equipo de producción, supe que cada uno de los guiones de *The Bill* debía contener exactamente tres escenarios y que la acción no podía versar sobre la vida privada de los policías ni mostrarlos fuera de servicio. Por alguna razón, era incapaz de ceñirme a la fórmula. Más o menos por la misma época, la televisión había mostrado cierto interés en Rebus. Asistí a más reuniones, en aquella ocasión con la BBC, e intenté escribir algunos guiones (adaptaciones e historias originales), aunque también tropecé con diversos obstáculos. Al final, empecé a plantear ideas no relacionadas con Rebus a mis contactos televisivos, pero fue en vano. No obstante, todo ello podría explicar el comienzo trepidante de *Muerte helada*. Todavía es algo que me encantaría ver en la gran pantalla, al más puro estilo de Hollywood: una persecución automovilística nocturna en plena tormenta de nieve con el puente de Forth Road como testigo. Fantástico.

Muerte helada era una novela política, ya que se servía de políticas locales y nacionales en buena parte de la trama. En aquel momento, tenía a un agente real a mi lado, un seguidor de mis libros que había detectado varios errores de procedimiento en historias anteriores. Además, con algunas novelas publicadas en mi haber, era conocido en Edimburgo, de modo que podía abordar a completos desconocidos (funcionarios del ayuntamiento, por ejemplo) para que me ayudaran en mis investigaciones. En mis viajes a la capital de Escocia para escribir *Muerte helada*, dormí en el sofá de un amigo, formulé numerosas preguntas en las oficinas de varios organismos del gobierno e invité a unas cuantas comidas y rondas. En ciertos aspectos, el nuevo libro sería un regreso al Edimburgo de mi segunda novela, *El escondite*. Ambas historias tratan sobre el rostro cambiante de la capital y sus intentos por conseguir crear nuevas oportunidades de empleo (a través de las nuevas tecnologías) sin perder su identidad. De hecho, en Edimburgo ya estaban produciéndose cambios estructurales: existía un plan para que una destilería abriera un parque temático cerca del Palacio de Holyrood. A la postre, el lugar también albergaría Our Dynamic Earth y el Parlamento escocés, pero en aquel momento ya me embargaba un sentimiento de regocijo: ¡construir un parque temático sobre el alcohol! Bueno, ¿por qué no? Varios monumentos de la ciudad, entre ellos el Usher Hall, se habían edificado con dinero procedente de las dinastías que habían hecho su fortuna con el alcohol. De ahí el uso

de una de mis citas favoritas de Martin Amis al principio del libro: «Sin mujeres, la vida es un pub».

Aunque en *Muerte helada* hay mucha acción, también es, a mi juicio, un libro bastante conmovedor. Se nos brinda acceso a los pensamientos de Rebus como nunca antes había hecho. Sabemos por qué le gusta la música y por qué recurre tan a menudo a la botella. Se desvelan recuerdos de su infancia y eso nos permite modular nuestra idea de él como un ser tridimensional. El libro contiene algunas de mis escenas e imágenes favoritas (por ejemplo, la visita de Rebus a un constructor de muros de piedra a la antigua usanza, o su invitación a una cacería en Pertshire), y termina con algunos cabos sueltos. Esos cabos sueltos me parecieron de lo más realistas, pero irritaron a mis editores estadounidenses hasta tal extremo que me pidieron que escribiera un capítulo adicional para su publicación en Estados Unidos. Finalmente lo hice, aunque tuve la sensación de que no aportaba nada a la suma del libro (motivo por el cual no se incluye aquí). Entretanto, regresan a la serie algunos viejos amigos (Sammy, la hija de Rebus, su examante Gill y la periodista Mairie Henderson), lo que, sumado al hecho de que Rebus haya vuelto a su antiguo piso tras echar a los estudiantes a los que se lo había alquilado, infunde a la novela una sensación de solidez y confortabilidad. En aquel tiempo, me sentía muy cómodo con mi capacidad para escribir una historia de crímenes decente y recrear el mundo de Rebus... cosa que probablemente explique por qué me costó tanto esfuerzo

que mi siguiente libro fuese tan distinto, lo cual me planteó toda una serie de nuevos retos.

Por el momento, sin embargo, era feliz. Conocía la mente de Rebus. Y él también era feliz, feliz con su adicción al alcohol, con sus cigarrillos y con su música.

«Después de una copa, le gustaba escuchar a los Stones. Las mujeres, las relaciones y los compañeros habían ido y venido, pero los Stones siempre habían estado allí. Puso el disco y se sirvió un último trago. El *riff* de guitarra, uno entre media docena en el incansable repertorio de Keith, daba comienzo al disco. “No tengo gran cosa —pensó Rebus—, pero tengo esto...”».

En el disco *Let It Bleed*, hay una canción sobre el Estrangulador de Boston. Mick Jagger había escrito sobre un crimen real. Y lo que era bueno para Mick sin duda lo era también para mí, como demostraría mi siguiente novela.

IAN RANKIN,
mayo de 2005

MUERTE HELADA

UNO

PUENTES

Una noche de invierno, saliendo a todo gas de Edimburgo.

El coche que circulaba delante era perseguido por otros tres, ocupados por agentes de policía. Caía aguanieve en medio de la oscuridad, y el viento soplaba en horizontal. En el segundo coche de policía, el inspector John Rebus apretaba la mandíbula. Con una mano se agarraba con fuerza a la puerta, y con la otra sujetaba la parte delantera del asiento del copiloto. Tras el volante, el inspector jefe Frank Lauderdale parecía haber rejuvenecido treinta años. Estaba claro que disfrutaba de la sensación de poder que le confería conducir a toda pastilla, un poco alocadamente, y se inclinaba hacia delante, casi pegándose al parabrisas.

—¡Los atraparemos! —gritó por enésima vez—. ¡Cogeremos a esos cabrones!

Rebus no pudo abrir la mandíbula lo suficiente para formar una respuesta. No es que Lauderdale fuese mal conductor... De acuerdo, lo era, pero es que además, con aquella lluvia... Cuando bordearon la segunda rotonda en la intersección de Barnton, Rebus notó que las ruedas traseras perdían adherencia en la resbaladiza superficie de la carretera. Para empezar, los neumáticos no eran nuevos... Probablemente incluso fuesen recauchutados. La

temperatura rondaba los cero grados y el aguanieve los esperaba traicioneramente. Habían salido de la ciudad, dejando atrás semáforos y cruces, y allí una persecución automovilística sería más segura... Pero Rebus estaba cada vez más nervioso.

En el coche de delante viajaban dos efectivos uniformados, jóvenes y sagaces, y en el otro vehículo un sargento y un agente. Rebus miró por el espejo retrovisor y vio unas luces. Miró también por la ventanilla... y no vio nada. Allí fuera estaba negro como la boca del lobo.

«No quiero morir en la oscuridad», pensó.

Una conversación telefónica del día anterior.

—Diez de los grandes y soltaremos a su hija.

El padre se pasó la lengua por los labios.

—¿Diez? Eso es mucho dinero.

—Para usted no.

—Espere, déjeme pensar... —El padre miró el cuaderno, donde John Rebus le estaba garabateando algo—. Necesito más tiempo —dijo a su interlocutor.

Rebus escuchaba por un pinganillo, contemplando en silencio cómo la grabadora hacía girar la bobina.

—Esa actitud podría perjudicar a su hija.

—No... por favor.

—Entonces será mejor que consiga el dinero.

—¿La traerán con ustedes?

—No somos timadores, caballero. Estará allí si también lo está el dinero.

—¿Dónde?

—Llamaremos esta noche para darle los detalles. Una última cosa: nada de policía, ¿entendido? Cualquier rastro de ella, aunque sea una sirena lejana, y la próxima vez que vea a su hija será en el tanatorio de la cooperativa.

—¡Los atraparemos! —gritó Lauderdale.

Rebus notó que por fin podía abrir la boca.

—De acuerdo, los atraparemos, pero ¿qué tal si aminoramos un poco?

Lauderdale lo miró y sonrió.

—¿Es que has perdido la botella, John? —dijo justo antes de dar un volantazo y adelantar a una furgoneta de transporte.

El hombre que había llamado parecía joven y de clase trabajadora. Había mencionado la cooperativa. Había utilizado la palabra «caballero». Sin duda era un muchacho de clase obrera, y quizá un tanto ingenuo. Aunque Rebus aún no las tenía todas consigo.

—La policía de Fife está esperando al otro lado del puente ¿verdad? —insistió, imponiéndose al rugido del motor.

Lauderdale machacó la palanca de cambio y redujo a tercera.

—Exacto —respondió.

—Entonces ¿qué prisa tenemos?

—No seas blando, John. ¡Ya son nuestros!

Rebus sabía a qué se refería su superior. Si no lo

interceptaban antes, el coche al que perseguían cruzaría el puente de Forth Road y entraría en Fife, donde le esperaba un control de policía. La presa sería para Fife.

Lauderdale estaba ahora hablando por radio con el coche de enfrente. Con una mano conducía ligeramente peor que con dos, y Rebus se balanceaba de lado a lado. Lauderdale dejó el receptor.

—¿Tú qué opinas? —preguntó—. ¿Saldrán en Queensferry?

—No lo sé —contestó Rebus.

—Esos novatos de ahí delante creen que los atraparemos en el peaje si deciden seguir hacia el puente.

Probablemente lo harían, empujados por el miedo y la adrenalina. Esa combinación solía cegar el instinto de supervivencia. Uno seguía adelante sin pensárselo dos veces. Lo único que deseaba era huir.

—Al menos podrías ponerte el cinturón —sugirió Rebus.

—Podría —dijo Lauderdale, pero no lo hizo. Los pilotos de carreras no se preocupaban de esas nimiedades.

Se acercaron a la última salida, y el coche que iba delante la rebasó. Ya no tenía otra alternativa: iba directo al puente. La iluminación de la carretera volvió a intensificarse cuando se acercaron a las cabinas del peaje. Rebus se imaginó a los fugitivos deteniéndose a pagar, como todo el mundo. Bajarían la ventanilla, buscarían las monedas...

—Están aminorando.

La carretera se ensanchó y de repente tenía media

docena de carriles. Ante ellos se extendía ahora la hilera de cabinas, y detrás de ellas el puente, que se curvaba ligeramente en el tramo central, donde los cables de acero sostenían en vilo la calzada, de modo que ni siquiera en un día despejado podía verse el otro extremo al entrar en él.

—Definitivamente, están aminorando.

En aquel momento, solo unos metros separaban a los cuatro coches, y por primera vez Rebus distinguió claramente la parte trasera del vehículo al que perseguían. Era un Ford Cortina matrícula Y. La iluminación elevada le permitía ahora distinguir dos cabezas, conductor y pasajero, ambos varones.

—Puede que la chica esté en el maletero... —dijo poco convencido.

—Es posible —coincidió Lauderdale.

—Si no va en el coche con ellos, no pueden hacerle daño.

Lauderdale asintió, aunque no parecía estar escuchando. Volvió a coger la radio. Había muchas interferencias.

—Si llegan al puente —dijo— se acabó, callejón sin salida. No hay escapatoria, a menos que los de Fife la caguen.

—Entonces... ¿nos quedamos aquí? —propuso Rebus. Lauderdale se echó a reír—. Ya me figuraba que no.

Pero algo estaba sucediendo. De pronto, se encendieron unas luces rojas en la parte trasera del coche de los sospechosos. ¿Estaban frenando...? ¡No, ahora daban marcha atrás a gran velocidad! Impactaron fuertemente contra el primer coche de policía y salieron despedidos hacia el de Lauderdale.

—¡Cabrones!

El coche fugitivo viró bruscamente, se dirigió hacia de una de las cabinas cerradas y golpeó la barrera sin llegar a partirla, aunque la dobló lo suficiente para pasar. Se oyó un chirrido de metal contra metal y desaparecieron. Rebus no podía creérselo.

—¡Van en contradirección!

Así era. Ya fuese accidental o planeado, el vehículo, que empezó a coger velocidad con las luces largas puestas, se dirigía ahora al norte por los carriles que discurrían hacia el sur. El coche patrulla que lideraba el convoy titubeó y, finalmente, se lanzó a seguirlos. Lauderdale parecía dispuesto a hacer lo mismo, pero Rebus extendió una mano y agarró el volante con todas sus fuerzas para mantenerse en el carril dirección norte.

—¡Qué demonios haces! —le espetó Lauderdale, pisando a fondo el acelerador.

Era bien entrada la noche y apenas había tráfico. Aun así, el conductor del coche que iba en cabeza corría cierto riesgo.

—Solo deben de tener bloqueada esta calzada ¿no? —comentó Rebus—. Si esos lunáticos llegan al otro lado, acabaran escapando.

Lauderdale no dijo nada. Estaba mirando al otro lado de la mediana, tratando de mantener los otros dos coches en su campo de visión. Cuando intentó coger la radio de nuevo, estuvo a punto de perder el control. El coche se balanceó hacia la derecha y después, con más fuerza, hacia

la izquierda, y topó con las vallas metálicas. Rebus no quería pensar en el estuario del Forth, situado varios centenares de metros más abajo, pero lo hizo de todos modos. Había cruzado un par de veces el puente a pie, utilizando las aceras situadas a ambos lados de la carretera, y le resultó aterrador, ya que el omnipresente viento amenazaba con arrojarlo al precipicio. Notaba un hormigueo en los dedos de los pies, el miedo a las alturas...

En la otra calzada estaba sucediendo lo inevitable, y lo increíble estaba a punto de comenzar. Un camión articulado, que circulaba a velocidad máxima tras alcanzar penosamente la cima de la elevación, vio unas luces donde no debía haberlas. El coche de los fugitivos ya había esquivado a dos coches y podría haberse desplazado al carril izquierdo para evitar al camión, pero al conductor le invadió el pánico. Cambió al carril rápido y sus manos permanecieron inmóviles mientras seguía pisando a fondo el acelerador. El camión impactó contra la valla y empezó a elevarse por encima de la mediana, que consistía en una red de cables de acero. El remolque quedó atorado y la cabina se separó de la caja e invadió los carriles en dirección norte, deslizándose sobre un mar de chispas y agua justamente en la trayectoria del coche en el que viajaban Lauderdale y Rebus.

El inspector jefe pisó el freno con todas sus fuerzas, pero no había donde ir. La cabina se deslizaba hacia ellos en diagonal y ocupaba ambos carriles. No tenían escapatoria. Rebus dispuso de dos segundos para asimilarlo. Sintió que

todo su cuerpo se contraía, intentando ocultarse en su escroto. Levantó las rodillas, apoyó los pies y las manos en el salpicadero y presionó la cabeza contra las piernas...

¡Bam!

Con los ojos bien cerrados, Rebus solo podía guiarse por los ruidos y su instinto. Algo lo golpeó en el pómulo y pasó silbando. Oyó cristales rotos, como hielo quebrándose, y el sonido del metal sometido a tortura. La barriga le indicaba que estaban desplazándose hacia atrás. Se oyeron otros sonidos más lejanos. Más metal, más cristal.

La cabina articulada había perdido buena parte de su impulso al verse arrastrada por el asfalto, y el impacto con el coche la hizo frenar en seco. Rebus creyó que se partiría la columna. ¿Latigazo cervical lo llaman? Más bien parecía un ladrillazo en la nuca. El coche se detuvo, y lo primero en que reparó es en que le dolía la mandíbula. Miró hacia el asiento del conductor, pensando que Lauderdale le había propinado un puñetazo por alguna razón ignota, pero vio que su superior ya no estaba allí.

Bueno, su trasero sí estaba allí, mirando a Rebus a la cara desde una posición poco halagüeña en el lugar que solía ocupar el parabrisas. Lauderdale tenía los pies atrapados en el volante. Había perdido un zapato y sus piernas descansaban encima del salpicadero. El resto de su cuerpo yacía sobre lo que quedaba del capó.

—¡Frank! —gritó—. ¡Frank!

Rebus sabía que no debía meter de nuevo a Lauderdale en el coche; sabía que no debía tocarlo siquiera. Intentó

abrir la puerta, pero era un amasijo informe, así que se desabrochó el cinturón de seguridad y se deslizó por lo que quedaba del capó. Su mano entró en contacto con algo metálico y sintió que se quemaba. Lanzó una maldición y apartó la mano, y vio que la había apoyado en una zona del motor que había quedado al descubierto.

Detrás de ellos, se detuvieron varios coches. El sargento y el agente fueron corriendo hacia él.

—Frank... —susurró Rebus.

Observó el rostro de Lauderdale, ensangrentado pero aún con vida. Sí, estaba convencido de que el inspector jefe seguía vivo. Aun así, había algo... No se movía, ni siquiera sabía con certeza si respiraba, pero detectaba algo, una energía invisible que no se había disipado. Todavía no.

—¿Se encuentra bien? —preguntó alguien.

—Ayúdenle —ordenó Rebus—. Llamen a una ambulancia y vayan a ver cómo está el conductor del camión.

Después, miró al otro lado del puente... y lo que vio lo dejó helado. Al principio no estaba seguro, no del todo, así que se encaramó a las vallas metálicas que separaban ambas calzadas.

El coche de los sospechosos había desaparecido. Había desaparecido del todo. Habían saltado el guardarraíl y cruzado la acera, y todavía les quedó velocidad suficiente para atravesar las últimas vallas, que separaban el paso para peatones del vacío que se precipitaba hacia el estuario del Forth. El viento azotaba el rostro de Rebus y le arrojaba aguanieve a los ojos. Los entrecerró y miró de nuevo. Sí, el

Cortina seguía allí, suspendido en el aire, con las ruedas delanteras al otro lado de la valla y las traseras y el maletero sobre la calzada. Pensó en lo que podía contener ese maletero.

—Dios mío... —dijo, y empezó a trepar a la mediana agarrándose a los gruesos cables de metal.

—¿Qué está haciendo? —gritó alguien—. ¡Vuelva!

Pero Rebus siguió caminando, apenas consciente del abismo que se abría a sus pies y del hueco que mediaba entre cada barra metálica y su vecina. Había más espacio que hierro. El frío metal le resultó agradable. Todavía sentía que la palma de la mano le ardía. Pasó junto a lo que quedaba de la caja del camión, que descansaba sobre un lateral, la mitad sobre el asfalto y la otra mitad en la mediana. Había un rótulo en un costado: Transportes Byars. Por Dios, qué frío hacía. El viento, aquel maldito viento perenne... Sin embargo, notaba que estaba sudando. «Debería llevar abrigo —pensó—. Este frío acabará matándome».

Finalmente, saltó a la calzada, donde una hilera de coches se había detenido desordenadamente. Había cierta separación entre la carretera y el paso de viandantes; era una distancia corta, pero invadida por el gélido aire. El Ford Cortina había retorcido las vallas, y Rebus se encaramó a ellas y dio un pequeño brinco hasta la calzada.

Los dos adolescentes del coche habían conseguido ya salir del vehículo.

Habían tenido que trepar por los asientos y deslizarse por

la parte trasera. Las puertas delanteras solo los abocaban a una caída segura. Miraban a izquierda y derecha, atenazados por el pánico. Se oían sirenas al norte. La policía de Fife estaba en camino.

Rebus levantó las manos. Los dos agentes estaban detrás de él, pero los jóvenes no miraban a Rebus, solo veían a los policías de uniforme. Comprendían los mensajes sencillos. Comprendían qué significaban aquellos atuendos. Miraron de nuevo a su alrededor, buscando una escapatoria que no estaba allí. De pronto, uno de ellos —de pelo rubio, alto y un poco mayor que su compañero— agarró al más joven de la mano y empezó a tirar de él hacia atrás.

—No hagáis ninguna tontería, muchachos —dijo uno de los agentes uniformados.

Pero eran meras palabras. Nadie las escuchaba. Ahora, los dos adolescentes estaban contra la valla, a unos tres metros del coche accidentado. Rebus avanzó lentamente, señalando con el dedo para dejarles claro que se dirigía hacia el vehículo. El impacto había hecho que el maletero se abriera un par de centímetros. Rebus levantó el capó con cuidado y miró dentro.

No había nadie en su interior.

Al cerrarlo, el coche se balanceó sobre su punto de apoyo y volvió a estabilizarse. Rebus miró al mayor de los dos muchachos.

—¡Aquí hace un frío que pela! —gritó—. ¡Os meteremos en un coche!

En ese instante, las cosas parecieron sucederse a cámara

lenta. El muchacho rubio meneó la cabeza, casi sonriendo, rodeó a su amigo en un extraño abrazo, y finalmente se apoyó en la valla, dejándose caer hacia atrás y llevándose a su compañero con él. No hubo resistencia. Sus zapatillas de deporte baratas se aferraron a la carretera un segundo y después resbalaron, y las piernas dieron rápidos latigazos mientras se precipitaban al vacío en medio de la oscuridad.

Puede que fuera un suicidio, o tal vez un vuelo, pensó Rebus más tarde. Fuese lo que fuese, era una muerte segura. Cuando uno impacta en el agua desde aquella altura, es como si chocara contra el cemento. Una caída como aquella, en plena noche, y ni siquiera gritaron, no emitieron sonido alguno. Tampoco pudieron ver cómo el agua se alzaba para recibirlos.

Sin embargo, no cayeron al agua.

Una fragata de la Marina Real acababa de zarpar del puerto de Rosyth y se deslizaba hacia el mar, y ambos se incrustaron en la cubierta metálica.

Lo cual, como dijo todo el mundo en la comisaría, ahorró a los buzos de la policía una ingrata inmersión a bajo cero.

2

Llevaron a Rebus a la Clínica Real.

Viajaba en la parte posterior de un coche patrulla. Frank Lauderdale estaba siendo trasladado en ambulancia. La fragata había sido contactada por radio desde Rosyth, pero la tripulación ya había encontrado a los cadáveres. Algunos incluso habían oído el golpe contra la cubierta. El barco regresaba a la base; estaba claro que las reparaciones llevarían cierto tiempo.

—Tengo la sensación de que me han golpeado con un martillo —le dijo Rebus a la enfermera de urgencias.

La recordaba. Era la misma enfermera que, tiempo atrás, le había curado unas quemaduras. Le había puesto una loción y cambiado el vendaje. La enfermera sonrió al salir del pequeño box en el que su paciente yacía sobre una camilla y, cuando se quedó solo, Rebus volvió a examinarse. Le dolía la mandíbula en la zona en la que había impactado el puño de Lauderdale antes de salir despedido por el parabrisas. El dolor parecía escarbar en sus profundidades, como si estuviese llegando a los nervios dentales. Por lo demás, no se encontraba demasiado mal, tan solo agitado. Alzó las manos y las sostuvo frente a él. Sí, siempre podría achacar el temblor al accidente, aunque sabía que

temblaba mucho últimamente, con colisión o sin ella. La palma de su mano palpitaba. Antes de vendársela, la enfermera le preguntó cómo se había quemado.

—Apoyé la mano en un motor caliente —explicó.

—Se ven unos números...

Rebus pudo ver a qué se refería: parte del número de serie del motor había quedado grabado en su carne. Finalmente, apareció el médico. Era una noche ajetreada. Rebus lo conocía también. Se llamaba George Klasser y era polaco o algo por el estilo, o al menos lo eran sus padres. Rebus siempre había creído que Klasser era demasiado mayor para el turno de noche, pero allí estaba.

—Hace frío ahí fuera, ¿eh? —dijo el doctor Klasser.

—¿Se supone que eso hace gracia?

—Solo quería darle conversación, John. ¿Cómo se encuentra?

—Creo que empiezan a dolerme los dientes.

—¿Algo más?

El doctor Klasser toqueteaba sus herramientas habituales: linterna de bolsillo, estetoscopio, un sujetapapeles y un bolígrafo que no funcionaba... Por fin estaba listo para examinar al paciente. Rebus no opuso mucha resistencia. Pensaba en la bebida: la espuma cremosa, casi sin gas, coronando una pinta de ochenta chelines. El cálido aroma de un vaso de whisky de malta...

—¿Cómo está mi inspector jefe? —preguntó Rebus cuando la enfermera volvió a entrar.

—Están haciéndole radiografías —le indicó.

—Persecuciones automovilísticas a su edad... —farfulló Klasser—. La culpa es de la televisión.

Rebus lo miró atentamente, y se dio cuenta de que nunca antes lo había hecho. Klasser tenía poco más de cuarenta años, el cabello tieso y un rostro bronceado y envejecido prematuramente. A juzgar solo por la cabeza y los hombros, podría esperar que fuese más alto de lo que era en realidad. Parecía bastante distinguido, y por ese motivo Rebus siempre había pensado que era un especialista o algo similar.

—Pensaba que solo trabajaban por la noche los lacayos y los novatos —comentó mientras Klasser le apuntaba a los ojos con la linterna.

El doctor dejó la linterna y empezó a apretarle la espalda como si estuviese mullendo un cojín.

—¿Le duele aquí?

—No.

—¿Y aquí?

—No más de lo habitual.

—Hum... En respuesta a su pregunta, John, veo que trabaja usted de noche. ¿Lo convierte eso en un lacayo o en un novato?

—Eso sí que ha dolido.

El doctor Klasser sonrió.

—Entonces —dijo Rebus mientras se ponía de nuevo la camisa—, ¿qué tengo?

Klasser encontró un bolígrafo que funcionaba y garabateó algo en el sujetapapeles.

—Según mis cálculos, a tenor de su estado le queda un año de vida, tal vez dos.

Ambos se miraron. Rebus sabía exactamente a qué se refería el doctor.

—Hablo en serio, John. Fuma, bebe como un cosaco y no hace ejercicio. Desde que Patience dejó de alimentarle, su dieta se ha ido al garete. Fécula, carbohidratos, grasas saturadas...

Rebus intentó dejar de escuchar. Sabía que la bebida era un problema precisamente porque había aprendido a ejercer cierto autocontrol. Gracias a ello, poca gente se percataba de que tenía un problema. Iba bien vestido al trabajo, estaba alerta cuando la ocasión lo exigía e incluso visitaba a veces el gimnasio a la hora de comer. Tal vez sus hábitos alimentarios eran descuidados, quizá comía en exceso y sí, había vuelto a fumar, pero nadie era perfecto.

—No me esperaba ese diagnóstico, doctor. —Rebus terminó de abotonarse la camisa y empezó a metérsela por dentro de los pantalones, pero desistió. Se sentía mejor con ella por fuera. Sabía también que estaría más cómodo con el botón del pantalón desabrochado—. ¿Y lo ha adivinado con tan solo tocarme la espalda?

El doctor Klasser, que estaba recogiendo el estetoscopio, sonrió de nuevo.

—No puede ocultarle algo así a un médico, John.

Rebus se puso la chaqueta.

—Entonces ¿nos vemos después en el pub?

—Llegaré sobre las seis.

—Perfecto.

Rebus salió del hospital y respiró hondo. Eran las dos y media de la madrugada, y la noche no podía ser más fría y oscura. Se había planteado ir a ver a Lauderdale, pero luego pensó que eso podía esperar hasta la mañana siguiente, así que salió a la calle y se dispuso a regresar a casa. Su piso se encontraba justo al otro lado del parque, pero no le apetecía nada ir andando: seguía cayendo aguanieve, que iba formando copos, y aquel viento cortante continuaba acosándolo como un matón que le impidiera el paso en un estrecho callejón.

Entonces oyó el claxon de un coche, y vio un Renault 5 de color rojo cereza y a la agente Siobhan Clarke que lo saludaba desde el interior. Rebus llegó casi bailando hasta el vehículo.

—¿Qué haces aquí?

—Me he enterado —contestó ella.

—¿Cómo? —replicó él mientras abría la puerta del acompañante.

—Tenía curiosidad. No estaba de servicio, pero me mantuve en contacto con la comisaría para averiguar cómo había ido el intercambio. Cuando me enteré del accidente, me vestí y vine hacia aquí.

—Bueno, pues me alegra mucho verte con el dolor de muelas que tengo.

—¿De muelas?

Rebus se frotó la mandíbula.

—Parece una locura, pero creo que ese golpe me ha dado dolor de muelas.

Clarke arrancó el coche. Era bonito y cálido, y Rebus notó que se adormecía casi de inmediato.

—¿Ha sido un desastre, entonces? —preguntó ella.

—Un poco.

Franquearon la entrada del hospital y se dirigieron a Tollcross.

—¿Cómo está el inspector jefe?

—Aún no lo sé. Están haciéndole radiografías. ¿Dónde vamos?

—Te llevo a casa.

—Debería volver a comisaría...

Clarke negó con la cabeza.

—He llamado. No quieren que vayas hasta mañana.

Rebus se relajó un poco más. Probablemente los analgésicos empezaban a hacer efecto.

—¿Cuándo les practican la autopsia?

—A las nueve y media. —Se encontraban ya en Lauriston Place—. Podrías haber cogido un atajo por ahí atrás —dijo Rebus.

—Es una calle de sentido único.

—Sí, pero a estas horas de la noche no pasa nadie... —Se dio cuenta de lo que acababa de decir—. Madre mía —añadió, frotándose los ojos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Siobhan Clarke—. ¿Ha sido un accidente o pretendían escapar?

—Ninguna de las dos cosas —contestó él pausadamente